

grupo, pero la masa se compone de gentes que no son sensiblemente anormales y diferentes de las gentes honradas: una mala educación orientó hacia una actividad delictuosa las tendencias más débiles, que en otro caso hubieran abortado y aun se hubieran dirigido hacia el bien.

Los criminales profesionales no aceptan el pacto de la mayoría sobre el respeto á la propiedad y á la vida ajenas; pero sus actos, considerados desde un punto de vista diferente del nuestro, no son ilógicos. De ellos puede decirse que constituyen una sociedad dentro de otra: tienen sus costumbres, sus preocupaciones, su moral en una palabra. Apenas se cuidan de las críticas y de las sanciones benévolas de que son objeto sus actos cuando proceden del principio que todo sucede como si la convención de honrados fuera la regla común. Parecenme enemigos que obraran secretamente en medio de una población pacífica. Pero si no se sienten ligados con las gentes honradas, manifiestan entre sí ideas y tendencias semejantes, y hasta un respeto á ciertas convenciones que constituyen el estatuto de su grupo.

Tampoco es aceptado el pacto social por los ácratas, aunque por diferentes razones, y en el fondo hallamos en este punto como en los anteriores la misma rebeldía contra los convencionalismos sociales. En este caso no hay que preguntarse cómo pueden transgredir las leyes que parecen á la población tutelares de toda actividad colectiva, sino cómo han llegado á rechazarlas.

En todas partes, semejantes infracciones á un convencionalismo social, que es una regla común ficticia, producen en ciertas circunstancias las mismas admiraciones. Las relaciones entre dos países vecinos se regulan según un convencionalismo de la misma naturaleza. Por supuesto que en

caso de desacuerdo todo sucedería como si la justicia y la equidad fueran aceptadas por ambas partes con igual deseo de paz, lo que es una hipótesis muy dudosa.

Los hombres animados de los más puros sentimientos altruistas, los partidarios convencidos de la pacificación general, en el interior y en el exterior, se preguntan con inquietud cómo no impide el progreso moral los incessantes conflictos entre los individuos y los pueblos. Su pregunta, que procede de laudables sentimientos, requiere una respuesta que les parecerá inesperada, á saber: la evolución actual, que tiende á dar á cada individuo una conciencia más ilustrada, le comunica al mismo tiempo una crítica más libre y más independencia en el examen de los hechos, y si le muestra un ideal de paz y de equidad como objeto, fomenta en él un vivo deseo de emancipación respecto de los convencionalismos que, como la idea de solidaridad sexual, la idea de patria y el principio de autoridad del Estado, formaban antes parte de un pacto intangible.

Es, pues, evidente que los conflictos interiores y exteriores, que parecen aumentarse en la misma medida de la evolución del progreso moral, á semejanza de las escorias que hace una máquina en movimiento, sirven de guía para informar sobre el trabajo producido. Aproximándolas se comprende mejor su verdadera significación. Bajo su aspecto desagradable á los ojos de la mayoría, muestran que se prosigue el trabajo de individualización; pero también manifiestan que el pacto social, regla de acción común, es en muchos casos una pura ficción y que para conservarle no basta obrar si su potencia fuera íntegra; se necesitan á la vez otros medios más previsores, más adecuados y más liberales.

DR. TOULOUSE

A TODOS INTERESA

la lectura de la Correspondencia A. en la cual están anotadas las cantidades recibidas hasta el 30 del corriente, y los avisos de la Biblioteca Domenech con las últimas obras recibidas.